

CÉSAR ALCALÁ & BLANCA V. NAVARRO

PERFILES PSIQUIÁTRICOS DE NIÑOS ASESINOS

AGRESIVOS, IMPULSIVOS, DESAFIANTES, DOMINANTES, MENTIROSO,
CALCULADORES, INSENSIBLES Y SIN PROYECCIÓN DE VIDA.



SEKOTIA

BLANCA V. NAVARRO ■ CÉSAR ALCALÁ

*Perfiles psiquiátricos
de niños asesinos*

SEKOTIA

© Blanca Navarro, 2023
© César Alcalá, 2023
© Editorial Almuzara S.L., 2023

Primera edición: mayo de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN MI EXPEDIENTE FAVORITO
Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

www.sekotia.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Sekotia
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-18414-67-1
Depósito legal: CO-342-2023

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

Índice

INTRODUCCIÓN	7
1. LESIONES CEREBRALES	11
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	21
2. MENORES ASESINOS	33
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	41
3. ESTIRPES DELICTIVAS	47
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	59
4. VIOLENCIA DE GÉNERO ADOLESCENTE.....	71
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	80
5. NIÑOS PARRICIDAS	89
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	99
6. PAREJAS INFANTICIDAS.....	111
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	122
7. MATANZAS ESCOLARES	133
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	148

8. LOS NIÑOS DEL ESTADO ISLÁMICO	157
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	167
9. MENINOS E MENINAS DAS FAVELAS	177
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	189
10. LOS NIÑOS DEL SEÑOR DE LA GUERRA	199
ANÁLISIS PSIQUIÁTRICO	203

Introducción

Pensar que los niños, por su inocencia, no pueden ser asesinos, es un tremendo error. Quizás deberíamos pararnos a reflexionar para entender qué puede motivar a un niño o joven a cometer crímenes salvajes. Y preguntarnos, acto seguido, si son los padres, las películas, los videojuegos, la genética, la sociedad, las amistades... lo que los lleva a cruzar el límite y cometer esos actos repudiables que a todos (esperemos al menos que a la gran mayoría) nos ponen la piel de gallina. Es lo que hemos pretendido en estas páginas. Y compartir nuestras conjeturas con los lectores que se atrevan a asomarse con curiosidad a ellas.

Con el libro que tiene entre sus manos podrán hacer un recorrido por todo un mundo de asesinatos que muchas veces pasan desapercibidos, o simplemente los hemos ignorado, porque superaban nuestra capacidad de comprender o, simplemente, herían nuestra sensibilidad. Ahora bien, que los ignoremos no significa que no existan. Muchas veces los autores de esas atrocidades sufren patologías que les desconectan de la realidad pero otras veces, los pequeños depravados incluso llegaron a sentir placer cuando cometieron sus crímenes. En otras ocasiones, como ocurre con los meninos e meninas das favelas, o en los niños los del Señor de la Guerra, o los del Estado Islámico, los menores son obligados a asesinar para sobrevivir. Su vida, como la de tantos, no tiene ningún valor.

¿Cómo son estos niños asesinos? Muchos son agresivos, impulsivos, desafiantes, dominantes, mentirosos, calculadores e insensibles al dolor humano y sin proyección de vida. Comúnmente demuestran que sienten un total desprecio por la vida humana, irresponsables con las normas y obligaciones sociales e inhabilitados del sentimiento de culpa por conductas antisociales. Suelen tener un egocentrismo muy marcado, claras deficiencias de empatía y faltas de control. Se consideran el centro del mundo, del que aprenden a ver a los demás como meros instrumentos para satisfacer sus deseos. No toleran la frustración, pues no están acostumbrados a esforzarse para resolver los problemas. Padecen brotes de ira, cada vez más frecuentes, y acaban en estado de descontrol que le inducen, al final, a la violencia. Pero no todos responden a este perfil.

No todos los niños asesinos proceden de ambientes degradados, pero en la corta biografía de muchos de ellos aparece un elemento en común: abandono y malos tratos. Abandono, pobreza, carencias emocionales y malos tratos son ingredientes comunes de muchas de estas tragedias. Pero miles de niños viven en esa misma situación y no se convierten en homicidas. ¿Por qué ellos sí? Un niño maltratado puede llegar a ser un maltratador si queda atrapado en la telaraña del sufrimiento. Aunque no es, ni mucho menos, una ley inexorable, esta relación es frecuente. Y sin embargo, muchas de las cortas y crueles vidas narradas en estos capítulos tuvieron infancias tranquilas en familias modélicas y sin embargo, pareciera que eran hijos del propio Lucifer.

Analizar cómo estos niños pudieron ser tan malvados nos conduce inexorablemente a la pregunta que llevan planteándose filósofos y científicos desde hace siglos, acerca de la naturaleza humana. Es el hombre bueno por naturaleza y es la maldad social la que lo va corrompiendo, o por el contrario, el ser humano es en sí malvado y es la educación la que le imprime un barniz moral que reprime sus más destructivos instintos. Y

al conocer a estos malvados tan pequeños, nos aproximamos inevitablemente a esta pregunta.

A la vez, la locura proporciona una explicación al mal en tanto en que sitúa la abominación al otro lado del límite de la normalidad. Y no siempre podemos decir que los que cometieron tales brutalidades estaban enajenados. Veremos también cómo en algunos de los niños que les presentamos, confluían determinantes biológicos que les eximían de su capacidad de comprender y gobernar su conducta desde el considerado libre albedrío. En otros por su corta edad y la propia inmadurez de su desarrollo neurológico, ni tan siquiera se puede hablar de que tuvieran capacidad de decidir libre. Y en un buen grupo, la negligencia y la malignidad de los adultos que hubieron debido velar por su cuidado, llegó a infringir un daño tal en sus cerebros, que los convirtió de víctimas en victimarios. Así, solo en algunos casos la locura, entendida como enfermedad mental, podría explicar la desviación moral. Porque, como verán nuestros lectores, todavía en muchos de los casos, el último motivo que llevó a estos críos a matar, permanece ignoto, recordándonos el inextricable misterio del alma humana y la limitación de nuestro entendimiento, nuestra pequeñez y el valioso poder de la capacidad de asombro, que nos lleva a seguir planteando preguntas y recorriendo caminos oscuros en busca de respuestas.

En el trabajo *Menores asesinos, ¿víctimas o verdugos?*, la doctora en Criminología de la Universidad Pontificia de Comillas, Alíed Ovalles, concluye diciendo:

Finalmente, nos queda por reflexionar si estos niños o adolescentes son víctimas de un conflicto en el control de sus emociones e impulsos, de un sistema que no les brinda iguales oportunidades, de una familia que le abandona o que deja de ejercer sus funciones, de unos amigos nocivos, de una comunidad que les expulsa y excluye, de una sociedad que ha perdido los valores, de una enfermedad mental o de un

sistema de protección que es deficiente y que les hizo cometer estas conductas.

En parte, nosotros somos responsables de estos hechos, pues la conducta delictiva es una responsabilidad compartida entre la familia, el Estado y la sociedad. Sin embargo, no podemos olvidar que en estos casos, niños y adolescentes actúan con intencionalidad, planificación y premeditación, hay reincidencia (caso de los sicarios), y no hay comprensión moral por el daño causado o arrepentimiento alguno, es decir, que de víctima de un sistema integral que no les ayuda o favorece, pasa a convertirse en verdugo, que decide ejercer la justicia según sus creencias y convicciones. Por tanto, como sociedad nos queda por pedir que el cumplimiento de la justicia penal para esas edades, en correspondencia con lo que dicten los Derechos Humanos para ellos.

En contraposición a estas cuestiones, hemos querido dedicar los capítulos finales a otro perfil de niños asesinos profundamente condicionados por sus circunstancias sociales. Al tratar el tema desde nuestro primer mundo occidental, desde Europa, debemos mirar más allá de nuestras fronteras para no olvidar otras realidades. Hemos puesto el foco en los niños del Señor de la Guerra, los del Estado Islámico y los meninos y meninas das favelas. Ellos conforman un mundo muy particular y en nada se parecen a los que podrán descubrir en los capítulos anteriores. Comprobarán también cuán alejada su realidad de las pretensiones internacionales de proteger la infancia bajo el amparo de los Tratados de Derechos Humanos y Derechos del Niño.

Pues bien, todo esto queda reflejado en Perfiles Psiquiátricos de Niños Asesinos. Esperamos que disfruten con el libro que tienen entre las manos.

Blanca V. Navarro / César Alcalá

1. Lesiones cerebrales

En este capítulo hablaremos de dos asesinos en serie infantiles que, en su momento fueron declarados dementes. Se trata de Cayetano Santos Godino, al cual podemos considerar una persona con algún retraso, y de Jesse Pomeroy, en el que no concurren las sintomatologías que afectaban al primero, como se demostró posteriormente, pues en la época en la que llevó a cabo sus desmanes se le diagnosticó una deficiencia mental, que los años en la cárcel demostraron que o bien tenía una inteligencia superior a la diagnosticada o tantas horas encerrado en una celda le ayudaron a retener conocimientos. Lo que conecta a estos dos personajes es la época en la que crecieron y cometieron sus crímenes y donde la psiquiatría no estaba tan avanzada como hoy en día. Formaron parte de un tiempo en el que era más fácil tildarlos de dementes que conocer la realidad de su patología. Otro punto en común que mantienen es que empezaron a asesinar siendo muy jóvenes y eso impidió que fueran ejecutados por los crímenes cometidos.

Jesse Harding Pomeroy nació el 29 de noviembre de 1859 en Charlestown (Massachusetts). Thomas, su padre, era alcohólico y cometía abusos con sus hijos Charles y Jesse. Los llevaba a una cabaña, los desnudaba y los apaleaba. Aquello, en vez de molestarle a Jesse, le gustaba. Sentía placer con el dolor. A ojos de los demás, el joven Jesse era un personaje siniestro,

como consecuencia de un cuerpo desarrollado excesivamente para su edad. Cabeza, orejas y rasgos fáciles, eran poco agradables. Su ojo derecho carecía de pupila y el iris era muy claro. Su familia descubrió, desde muy joven, que a Jesse le encantaba torturar a los animales. Con doce años, en 1872, fue arrestado y acusado de haber mutilado brutalmente a ocho niños.

A William Paine, de cuatro años, lo colgó con las manos atadas al techo, provocándole moretones y laceraciones.

A Tracy Hayden, de siete años, lo ató y torturó. Lo encontraron con los ojos morados, los dientes frontales partidos, la nariz rota y el torso cubierto de heridas.

A Robert Maier, de ocho años, lo desnudó y lo azotó con una vara, obligándolo a maldecir. Pomeroy se masturbaba disfrutando con el dolor que provocaba.

A un niño desconocido, de siete años, le dio una fuerte paliza hasta que Pomeroy llegó al orgasmo.

A George Pratt lo ató y lo golpeó con un cinturón. También le mordió una mejilla y arañó profundamente su piel. Le clavó una larga aguja en varias partes del cuerpo. Intentó atravesarle un ojo con ella y, al esquivarla, Pomeroy le dio un mordisco en una nalga y huyó.

A Harry Austin, de seis años, después de propinarle una paliza, con una navaja le apuñaló los brazos y los hombros.

A Joseph Kennedy, mientras le daba una paliza, lo obligó a recitar oraciones con obscenidades. Con una navaja le cortó la cara y lo llevó a la orilla del mar para mojarle las heridas.

A Robert Gould, de cinco años, intentó herirlo con una navaja. Al ver que alguien lo observaba decidió huir.

Denunciaron lo que habían visto y lo detuvieron. Después de pasar toda la noche en la cárcel decidió confesar que había torturado a esos niños. Pomeroy sería internado, el 24 de septiembre de 1872, en el reformatorio de Westborough. Lo pusieron en libertad el 6 de febrero de 1874. Durante ese tiempo

mantuvo un buen comportamiento y creyeron que se había rehabilitado. Se equivocaron.

En el momento que quedó en libertad se marchó al sur de Boston. Ahí su madre tenía una tienda de confección propia en la calle 327 Broadway. Su hermano Charles vendía periódicos. Parecía que *The Boston Globe*, cuando en 1872 publicó que Jesse Pomeroy era un deficiente mental, se había equivocado. Ayudaba a su hermano a vender periódicos y llevaba una vida normal.

Todo cambió el 18 de marzo de 1874. Aquel día se cruza en su vida Katie Curran, de diez años. La chica entró en la tienda en busca de un cuaderno. Jesse le miente y le dice que tiene uno en el sótano, que, si lo acompaña, se lo enseña. La niña, desconfiada, lo sigue. Ahí, con una navaja, la degüella. Una vez muerta se aseó y volvió a la tienda. La madre de Katie empieza a buscarla preocupada por si le había pasado alguna cosa. Alguien le comenta que la había visto subir a un tren. Lo mismo le comentan a la policía. Estos llegaron a la conclusión que había sido un secuestro. Tiempo después, con Jesse en la cárcel, descubrieron el cadáver de la niña en el sótano, en avanzado estado de descomposición, con la cabeza separada del cuerpo.

El 22 de abril se descubrió, en los pantanos del sur de Boston, el cuerpo de Horace Miller, de cuatro años. Horace fue brutalmente mutilado. Lo degolló, lo apuñaló dieciocho veces en el pecho, tenía un ojo perforado e intentó castrarlo. Las sospechas recayeron en Jesse. Lo fueron a buscar a su casa y lo arrestaron. Se le negó su derecho a tener un abogado que lo asistiese durante la instrucción de las diligencias y no se tiene constancia de que se declarara culpable del asesinato de Horace Miller. Aun así, la policía lo tenía claro.

Durante el juicio, que tuvo lugar el 9 y 10 de diciembre de 1874, la fiscalía propuso condenarlo por asesinato en primer grado. La propuesta inculpatória, de ser confirmada por el

jurado, llevaba implícita la sentencia de su muerte en la horca. El jurado lo consideró culpable. Eso sí, pidieron misericordia por el condenado a causa de su juventud. Tenía catorce años y nadie quería cargar en su conciencia con la culpa de haber mandado a la horca a alguien tan joven. Jesse tuvo cierta suerte. No se conocía precedente en la historia penal de que un gobernador hubiera firmado una sentencia de muerte contra un joven de catorce años. El gobernador Alexander Rice argumentó que la sentencia tenía que ser ejemplar, pero esta no incluiría la pena capital. Por ello, lo condenó a cadena perpetua en solitario. Es decir, pasaría el resto de su vida aislado del mundo. Lo encerraron en la prisión de Charlestown. Le concedieron que su madre lo visitara una vez a la semana. Las visitas se repitieron hasta la muerte de su madre, el 10 de enero de 1915. Nadie más lo visitó durante todos esos años.

En junio de 1875 decidió escribir su autobiografía. La envió al *Boston Sunday Times*. Este periódico la publicó, en dos entregas, el 18 y 25 de julio de 1875. De 1879 a 1913 intentó fugarse en ocho ocasiones. En 1915 empezó a publicar poesía en *The Mentor*, un periódico que se editaba en la prisión. En 1920 publicó una recopilación de parte de sus escritos. En 1923 comenzó a invertir en la Bolsa. Durante su encarcelamiento aprendió idiomas —entre ellos alemán y hebreo—, estudió libros de Derecho y escribió desafíos fiscales con el fin de reducir su condena y solicitudes para la concesión de su indulto.

Como en 1917 se le rebajó la condena de aislamiento, y pudo convivir con los otros presos, cuando en 1927, a los setenta y un años, le dijeron que lo enviaban a la granja estatal de Brodgewater se negó. Finalmente, contra su voluntad, lo trasladaron. En 1930 intentó fugarse de nuevo. Según explican vivió los dos últimos años de su vida castigado por las enfermedades y en una continua agonía. Falleció el 29 de septiembre de 1932. Nunca se arrepintió de nada. Es más, dejó escrito que «no hice ninguna de las cosas de las que se me acusa, pero si lo

hice, estaba loco». Dejó un patrimonio de ciento noventa y un dólares. Pidió ser incinerado y que sus cenizas fueran esparcidas. No le hicieron caso y recibirían sepultura en el North Weymouth Cemetery, en la tumba de su madre Ruth Ann Snowman y su hermano Charles Jefferson, que había muerto el 9 de julio de 1919. *The Boston Globe*, el 4 de octubre de 1932, publicó:

Sin ninguna ceremonia religiosa, las cenizas de Jesse Pomeroy, condenado a cadena perpetua en la prisión de Charlestown, quien murió de una enfermedad cardíaca en su celda en Bridgewater State Farm, fueron enterradas hoy en una sola tumba, entre las de su hermano y su madre, en el cementerio de North Weymouth. El cuerpo se incineró en el crematorio de Forest Hills.

En la tumba, cuando el pequeño ataúd que contenía las cenizas se cubrió con tierra, estaban algunos familiares de Pomeroy y William M. Finn, exmonaguillo y heredero de las posesiones de Pomeroy.

Cayetano Santos Godino nació un 31 de octubre de 1896, en Buenos Aires (Argentina) Pertenece a una familia de origen calabrés. Eran ocho hermanos. La familia estaba desestructurada. El padre era alcohólico y enfermo de sífilis. Hasta los diez años estuvo internado en varios centros institucionales para corregir su comportamiento. Cayetano era un niño rebelde y sería expulsado de varios de estos centros. No solo era rebelde, sino también agresivo. A los siete años le propinó una paliza a un niño, Miguel de Paoli, de veintidós meses. La criatura se salvó porque la policía vio el incidente y consiguió detener la agresión. Con ocho años repitió el mismo proceder. En aquella ocasión era una niña de dieciocho meses llamada Ana Neri. Como en el caso anterior, le empezó a golpear brutalmente la cabeza con una piedra. La niña salvó la vida gracias a la intervención de la policía. Estos dos ataques los llevó a cabo en un

descampado. De ahí que la policía pudiera detectar la agresión. La historia se repitió al año siguiente. En aquella ocasión era una niña de dieciocho meses, de la cual se desconoce su nombre. Cayetano la estranguló y, todavía con vida, la enterró.

Cayetano simultaneaba estos ataques con otros centrados en animales. A estos los torturaba hasta la muerte. El 9 de septiembre de 1908 intentó estrangular a Severino González Caló, de veintidós meses. La policía volvió a ser providencial y evitó una desgracia. Pocos días después, el 15 de septiembre, quemó con un cigarrillo los párpados de Julio Botte, de veinte meses. En esta ocasión consiguió huir, dejando al niño bastante afectado de la vista.

Estuvo cuatro años sin llevar a cabo ninguna otra agresión. El motivo fue su internamiento en la Colonia de Menores de Marcos Paz. Sería puesto en libertad el 23 de diciembre de 1911 y no tardó mucho en volver a las andadas. El 25 de enero de 1912 se llevó a Arturo Laurona a una cabaña. Allí lo golpeó y estranguló. Aquella vez la policía no intervino y el niño, de trece años, murió. El 7 de marzo de 1912 incendió el vestido de Reyna Bonita Vainicoff, de cinco años. La niña falleció dieciséis días después como consecuencia de las lesiones que les causaron las quemaduras. El 8 de noviembre de 1912 intentó estrangular a Roberto Carmelo Russo, de dos años y seis meses que salvó milagrosamente la vida. El 16 de noviembre golpeó levemente a Carmen Ghittoni, de tres años, gracias a la intervención policial. El 20 de noviembre Catalina Neolener sufrió un leve golpe. La niña, de cinco años, comenzó a gritar y esto alertó a los vecinos. Y el 3 de diciembre asesinó a Jesualdo Giordano, un niño, de tres años, al que golpeó y estranguló. Cayetano, además, le atravesó la cabeza con un clavo.

Aquel día finalizó la carrera delictiva de Cayetano Santos Godino, conocido como *Petiso Orejudo*. Cometió un error: se presentó en el velatorio de Jesualdo Giordano. Se acercó al cadáver y le tocó la cabeza. Quería comprobar que efectos

provocó el clavo en el cráneo del pobre niño. Al ver que se lo habían extraído preguntó por él. Solo el asesino podía conocer aquel detalle. Inmediatamente fue detenido y confesó.

Durante el tiempo de su reclusión se le estudiaría psicológicamente. Era el primer asesino en serie argentino y su caso llamó la atención de los expertos. El 31 de enero de 1913 se presentó el informe Negri-Lucero. En él se decía: «El procesado Godino es un alienado mental o insano o demente, en las acepciones legales. Es un degenerado hereditario, imbécil que sufre la locura mental, por definición muy peligrosa. Es irresponsable». El 24 de febrero de 1913 el doctor Víctor Mercante afirmó en su informe:

Cayetano Santos Godino no sabe leer, escribe tan solo su firma y conoce los números hasta cien. Posee una suma de conocimientos muy mala, obtenidos por educación refleja. Es un tipo absolutamente inadaptable a la escuela común; solo la educación individual hubiera podido alcanzar algún éxito. Se ha desenvuelto en un medio desfavorable a la formación de una conducta correcta. Priman en él los instintos primarios de la vida animal con una actividad poco común, mientras que las sociales están poco menos que atrofiadas. Es un tipo agresivo, sin sentimientos e inhibición, lo que explica su inadaptabilidad a la disciplina didáctica. Ofrece el punto de vista físico, numerosos estigmas degenerativos, los más característicos del tipo criminal. Sus sentidos y su capacidad para conocer no ofrecen anomalías, se presentan normales; asimismo normales sus capacidades psíquicas, si bien inestable la atención por falta de dirección afectiva. En cambio, ofrece como estigma fundamental de su vida moral, la idiotiez afectiva; los sentimientos sociales, directrices de la acción, son poco menos que nulos. De suerte que sus estados de conciencia contienen, normalmente, todos los elementos menos uno, fundamental que le desequilibra, el afectivo, que es algo así como el timón de la conducta.

El 1 de abril de 1913 el doctor Ernesto Nelson afirmaba que «Godino es un caso de degeneración agravada por el abandono social de que él ha sido víctima, y que por lo tanto no puede hacérsele responsable de sus crímenes, aun cuando su libertad sería peligrosa».

Y el 29 de mayo de 1913 se conoció el informe Esteves-Cabred, en el cual podemos leer:

Cayetano Santos Godino se halla atacado de alienación mental. Que su alienación mental reviste la forma de imbecilidad. Que esta imbecilidad es incurable. Que Godino es totalmente irresponsable de sus actos. Que presenta numerosas anomalías físicas y psíquicas. Que carece de condiciones para el trabajo disciplinado. Que tiene noción de la responsabilidad de sus actos, lo cual se observa en muchos alienados. Que es un impulsivo consciente y extremadamente peligroso para los que lo rodean. Que debe permanecer, indefinidamente, aislado en el manicomio en que se encuentra.

Se le hicieron una serie de preguntas, a las cuales contestó:

—¿Es usted un muchacho desgraciado o feliz?

—Feliz.

—¿No siente usted remordimiento de conciencia por los hechos que ha cometido? ¿No sabe usted lo que es el remordimiento?

—No, señor.

—¿Siente usted tristeza o pena por la muerte de los niños?

—No, señor.

—¿Piensa usted que tiene derecho a matar niños?

—No soy el único, otros también lo hacen.

—¿Por qué mataba usted a los niños?

—Porque me gusta.

—¿Por qué producía incendios?

—Porque me gustaba.

—¿Por qué buscaba terrenos baldíos o casas deshabitadas para cometer sus asesinatos?

- Porque así nadie me veía.
- ¿Por qué huía usted después de matar y de provocar incendios?
- Porque no quería que me detuviera la policía.
- ¿Con qué objeto iba usted a casa del niño Gesualdo Giordano la misma noche del día en que lo mató?
- Porque sentía deseos de ver al muerto.
- ¿Con qué objeto le tocó la cabeza al muerto?
- Para ver si tenía el clavo.
- ¿Piensa que será castigado por su delito?
- He oído decir que me condenarán a veinte años de cárcel y que, si no fuera menor, me pegarían un tiro.
- ¿Se anima a matar a algunos niños idiotas del hospicio?
- Sí, señor.
- ¿En qué paraje los metería?
- En la quinta del establecimiento, porque así no me verían.
- ¿Cómo haría para matarlos?
- Les pegaría con un palo en la cabeza y lo dejaría al lado del niño para hacer creer que el palo le había caído por casualidad en la cabeza.
- ¿A dónde le gustaría usted vivir, en este asilo o en la cárcel?
- En la cárcel.
- ¿Por qué?
- Porque aquí están todos locos y yo no soy un loco.

Después de leer estos informes se llegó a la conclusión que *Petiso Orejudo* era un retrasado mental y que por su deficiencia era agresivo con las personas que le rodeaban. Era consciente de sus actos, pero estos no repercutían en su moral. Posiblemente con educación se hubiera reducido su agresividad. Sin embargo, nada de todo esto ocurrió. La justicia y la clase médica lo encerraron, primero, en un manicomio y luego en una cárcel y lo consideraron un perturbado sin posibilidad de reinserción social.

En efecto, en 1913 fue recluido en el Hospicio de las Mercedes. Después de ser procesado en 1913 lo volvieron a enjuiciar en 1915 y fue condenado por la Cámara de Apelaciones a la pena de cárcel indeterminada. Ingresó en la Penitenciaría Nacional. En 1923 se le trasladó a la prisión de Ushuala. La familia nunca más contactó con él. Lo abandonaron a su suerte. Su vida en la cárcel estuvo marcada por los maltratos, sin amigos y sin visitas. Quedó al amparo de su destino.

Petiso Orejudo murió de una hemorragia interna causada por un proceso ulceroso gastroduodenal. Este es el parte oficial. En la cárcel se comentó que la causa fue una paliza recibida de varios internos, después de matar a un gatito que era la mascota de la cárcel. Durante esos años en el establecimiento penitenciario donde cumplía condena lo maltrataron y, con frecuencia, lo violentaron sexualmente. Sea como fuere, Cayetano Santos Godino, *Petiso Orejudo*, sería hallado sin vida en su celda, número 90, el 15 de noviembre de 1944.

Análisis psiquiátrico

Jesse Harding Pomeroy ha pasado a la historia con los terribles apodos del «niño psicópata» y «el sádico bribón». Su atroz biografía, comenzó con las palizas que recibía de su padre, alcohólico. Como se ha comentado, su padre lo golpeaba habitualmente, y no solo a él, sino también a su mujer y al resto de sus hijos. A Jesse lo llevaba a una cabaña donde lo desnudaba y propinaba descomunales palizas. Quizá como mecanismo de defensa, cuando aquel que supuestamente te ama y te ha de cuidar, te demuestra su amor a golpes, algo puede darse la vuelta en el cerebro y entremezclar el placer con el dolor. Sea por esta explicación, o por alguna otra, Jesse manifestó, cuando fue adulto, que disfrutaba con estas palizas. Tanto que le llevaron a transmutar su condición de víctima en victimario, y en una cruel criatura sadomasoquista.

Mucho se ha escrito de los efectos devastadores en el desarrollo neuropsicológico de los niños que han recibido malos tratos, negligencias y abusos desde edades tempranas. El maltrato en la infancia es una fuente de estrés que puede dar lugar a comportamientos impulsivos, agresivos y a dificultades severas en la gestión de las propias emociones, en la comprensión y respeto a las emociones de los demás y en la relación con otras personas en la vida adulta.

En 1992 se analizaron en Estados Unidos las repercusiones del maltrato infantil, encontrando que un tercio de los niños

que lo habían padecido, presentaban algún tipo de déficit cognitivo o de lenguaje, uno de cada cuatro tenía problemas de aprendizaje, y la mitad de estos, algún tipo de dificultades en la escuela, incluyendo déficit de atención y trastornos de conducta. Se comprobó también que la mitad de los niños maltratados sufrían problemas emocionales y cerca del 14% mostraba comportamientos autodestructivos.

Los estudios neuropsicológicos sugieren la asociación indudable entre abusos en la infancia y niveles de inteligencia más bajos, afectación de la memoria y de la capacidad de diferenciar emociones. Por otro lado, los estudios de neuroimagen proporcionan evidencias de la existencia de déficits en el volumen cerebral, en la sustancia gris y blanca de varias regiones cerebrales, entre ellas la corteza prefrontal, la estructura encargada de la gestión de las emociones y la toma de decisiones y también en las estructuras cerebrales profundas implicadas en la empatía, el placer y el dolor.

El maltrato infantil está presente en muchos de los problemas de salud mental, algo que ya observaba Freud, y hoy en día, con los avances en neuroimagen de los que disponemos, contamos con evidencias que permiten afirmar que, si se hubiese analizado el cerebro de Jesse Pomeroy, efectivamente se habrían encontrado alteraciones como consecuencia del maltrato que recibió por parte de su padre.

Se nos hace difícil entender que alguien pueda experimentar placer cuando se le infringe dolor. Es espeluznante imaginar al niño pequeño que fue Jesse Pomeroy, desnudo y apaleado. Aun es más espeluznante que su cerebro pudiera darle la vuelta al significado de las palizas e interpretarlas como momentos placenteros. Quizá, solo así fue capaz de soportar, no solo el dolor físico, sino la humillación y las descargas de violencia sobre su cuerpo menudo, a manos de un adulto salvaje, infinitamente más fuerte que él.

El Dr. Narcís Cardoner, director del servicio de psiquiatría del Hospital de Sant Pau hizo una revisión de los estudios publicados en los que se analizaban, mediante resonancia magnética, los cerebros de delincuentes diagnosticados de psicopatía. En ellos se observó que existía una hipermaduración cerebral en algunas partes del cerebro que podría tener su origen en un sufrimiento emocional intenso en la infancia. Esta hipermaduración es una anomalía que permite «no padecer» al niño expuesto a ese daño emocional, y, de alguna manera, le protege del sufrimiento. Sin embargo, el «efecto secundario» de esta adaptación cerebral, es que le vuelve una persona sin escrúpulos ni remordimiento y le pone en riesgo delinquir.

Sabemos que, para sentir el sufrimiento ajeno, es necesario que los mecanismos neuronales responsables de la empatía estén indemnes, y que este aislamiento emocional provocado por los malos tratos para evitar el propio sufrimiento también lesiona las estructuras que permiten sentir las emociones de los que rodean a los niños víctimas de estos abusos, como si por estar expuesto a sonidos muy intensos en la infancia, se hiciesen los tímpanos más rígidos y generasen una suerte de sordera emocional.

La empatía es la capacidad para conectar con los sentimientos de los demás. Nos permite ponernos en su lugar y entender sus sentimientos. Es imprescindible en las relaciones interpersonales y se sabe que, como otras funciones de la personalidad, asienta en estructuras neuronales. Al hablar de las bases neuronales de la empatía es imprescindible poner el foco en el papel fundamental de las neuronas espejo.

Hace más de veinte años Giacomo Rizzolatti y su equipo de la Universidad de Parma, descubrieron, en estudios llevados a cabo en primates, que estas neuronas se activaban cuando los monos observaban conductas repetidas por otros mediante la imitación. Se sabe que las neuronas espejo están implicadas en los procesos de aprendizaje y también en la identificación de acciones, sensaciones y emociones de los demás. También lo

están en ciertas aves que se comunican copiando entre ellas sus conductas, dibujando en el cielo preciosos bailes simétricos. Esta vía de comunicación se utiliza, por ejemplo, por parte de los cómicos, que ríen para provocar que los demás se ríen, con un efecto de contagio, mediante la estimulación de un lugar recóndito del cerebro llamado *el giro cingulado*, situado allí donde ambos hemisferios se tocan. Como se puede derivar, es también la estructura neuronal que permite sentir el sufrimiento de las personas que tenemos a nuestro alrededor y, en caso de ser nosotros la causa de ese sufrimiento, si los marcos éticos acompañan, frenar nuestra conducta.

La empatía también puede ser inhibida y esta inhibición es necesaria para la supervivencia dado que, ante situaciones amenazantes, la evolución ha «permitido» no sentir el sufrimiento del otro ser humano o animal para preservar la capacidad de defenderse y atacar.

Estas explicaciones de las que disponemos hoy en día aportan luz al funcionamiento cerebral de Jesse Pomeroy, del *Petiso Orejudo* y de algunos de los otros niños que iremos conociendo en estas páginas, en las que mentes infantiles llevaron a cabo crímenes atroces con una terrible frialdad anulando los mecanismos que hacen que se perciba a los demás como seres humanos iguales a nosotros. En el caso de estos victimarios, aboliendo los mecanismos que les hubieran permitido sentir que sus víctimas eran seres humanos como ellos.

Así, los «reflejos humanitarios» pueden «apagarse del cerebro». La empatía y la compasión pueden no activarse ante la imagen de otra persona, haciendo que no se reconozca al «otro» como humano. Esto sucede en un elevado porcentaje de individuos, no solo en los asesinos en serie, cuando se les enseñan imágenes de personas marginales, mendigos, drogadictos o ante la suciedad extrema. Y cuando «el otro» queda excluido de su reconocimiento como humano, queda a la vez desterrado del sistema moral.

Este mecanismo de deshumanización se puede activar mediante el adoctrinamiento, como es habitual en entornos militares. La deshumanización del enemigo es imprescindible como estrategia operacional. Difícilmente se podría participar en una contienda bélica manteniendo indemne la empatía hacia los objetivos enemigos a los que se ordena disparar, porque se activaría el freno de la compasión. También se insta la deshumanización mediante el adoctrinamiento cuando los regímenes políticos promueven los discursos de odio contra algún grupo social.

Cuando se deshumaniza al otro disminuyen las conductas de ayuda en catástrofes. El efecto demoledor de la deshumanización se debe a que anula los sistemas de protección contra las atrocidades. Y este es uno de los mecanismos que parece verse alterado en los criminales que llenan las páginas de este libro, porque cuando debían activarse los mecanismos de conexión emocional con sus víctimas para reprimir las conductas agresivas, por motivos diversos que iremos desgranando, predomina la frialdad y la ausencia de empatía. Y en los niños que cometen actos atroces a edades tan tempranas, sugiere algún tipo de alteración neurobiológica congénita o adquirida en etapas precoces de su neurodesarrollo o, como decíamos, tras haber padecido malos tratos físicos severos en los primeros años de la vida.

La corteza prefrontal es una de las partes del cerebro que se ha observado más pequeña en niños que han padecido malos tratos severos en la infancia. La corteza prefrontal es una parte de la capa más externa de nuestro cerebro; es esa parte de la corteza cerebral situada justo detrás de las cejas, al lado de las sienes. Su función es gestionar las emociones, entre ellas las vivencias de placer y dolor e interpretar todo lo que percibimos a través de nuestros sentidos, incluidas las emociones de todos los que nos rodean, percibidas mediante la empatía. También en este lugar de nuestro cerebro participa en la toma de decisio-

nes, integrando todo eso que percibimos con nuestros patrones morales. Ahí también se frenan (o no) los impulsos agresivos. Se podría decir que es el lugar donde sucede la actividad mental que nos hace seres humanos conscientes y sociales.

En un estudio de neuroimagen cerebral con asesinos que han sido condenados y a los que se les ha reconocido su falta de capacidad para ser juzgados o imputarlos, se encontraron diferencias significativas en la activación metabólica de la corteza prefrontal respecto a controles no asesinos, viendo que en los asesinos se activaba mucho menos. Esto significa que, esa corteza prefrontal que tiene como misión elaborar las decisiones entre los impulsos y los marcos morales, en estas personas no funciona adecuadamente y no frena de forma eficaz los impulsos que en otras personas sí son inhibidos y ni tan siquiera llegan a nuestro pensamiento consciente.

La falta de activación de la corteza prefrontal puede correlacionar con una menor capacidad para la inhibición de los impulsos agresivos provenientes de estructuras cerebrales más profundas. Este hallazgo se relaciona con una mayor tendencia a la irresponsabilidad, a la transgresión de las normas y la impulsividad, todos ellos rasgos que predisponen a la comisión de actos criminales violentos.

Es importante reseñar que la disfunción cerebral, en esta asociación, puede crear solo una predisposición a la violencia que finalmente será potenciada o inhibida por factores ambientales, psicológicos y sociales.

La corteza prefrontal de Jesse Pomeroy y de Santos Godino es la que hubiera tenido la capacidad de frenar los impulsos agresivos, en caso de funcionar correctamente, de acuerdo con patrones morales. Pero no lo hizo. Además de carecer de estos frenos morales, parece que especialmente en el caso del «Sádico Bribón», además se encontraba alterada su interpretación del dolor mientras su padre le propinaba las terribles palizas, llegando a decir que le producían placer.

El cerebro tiene la capacidad de adaptarse a situaciones terribles. En el caso del placer y del dolor intervienen los circuitos de la recompensa y la amígdala.

Los circuitos de la recompensa están encargados de mediar la sensación de placer cuando se llevan a cabo actividades relacionadas con la supervivencia. Los circuitos de la recompensa sirven para aprender y repetir las conductas que favorecen el bienestar, como alimentarse, mantener relaciones sexuales, etc. También se activa cuando aprendemos otras habilidades... como montar en bicicleta, o montar un armario de Ikea, favoreciendo que vivamos como algo gratificante alcanzar logros que nos han supuesto un esfuerzo. Sin ese «premio cerebral» no seguiríamos insistiendo, una y otra vez, hasta lograrlo... En cualquier aprendizaje, los circuitos de la recompensa se activan mediante el neurotransmisor *dopamina*, para afianzar la repetición de la conducta. En muchos casos se activan incluso al pensar en la recompensa que se pretende obtener generando sensación de placer. La motivación está muy relacionada con el sistema de recompensa, ya que se encarga de dirigir el comportamiento hacia el cumplimiento de objetivos y la obtención de premios y refuerzos.

Teóricamente, ante estímulos placenteros, el sistema de la recompensa acerca nuestra conducta a su repetición, y nos aleja de las conductas que nos hacen daño. Sin embargo, a menudo el sistema de la recompensa se puede activar también ante situaciones dolorosas o perjudiciales. En la evolución esto es necesario para tolerar situaciones en las que a corto plazo se produce un sufrimiento que llevará a un bien mayor después.

Son muchas las situaciones en las que la frontera entre la sensación de placer y de dolor no es nítida. Cuando ante una contractura muscular se recibe un masaje, se percibe un «dolor bueno» o al quitarse los zapatos que aprietan. El famoso *No Pain No Gain*, permite dar un significado positivo al sufrimiento y tolerarlo, en aras a un beneficio posterior y es la base

de muchos sistemas educativos basados exclusivamente en la disciplina y de rituales religiosos como forma de purificación o puente hacia la sabiduría. «Quien bien te quiere te hará llorar», «Ningún camino fácil te llevará a un lugar que merezca la pena», «Si miras mi éxito mira también mi sacrificio». Todas estas expresiones son frases populares que nos señalan cómo, en la evolución, el sufrimiento se ha integrado como parte necesaria en la superación, y para ello, el cerebro ha tenido que desarrollar mecanismos que le den un significado positivo. Por ello, el aparentemente absurdo cortocircuito entre el placer y el dolor tiene sentido si conocemos la implicación de los circuitos de la recompensa. También cuando se trata del dolor ajeno.

Vemos que los circuitos de la recompensa son la estructura neurológica fundamental para entender comportamientos perjudiciales para uno mismo como es el caso de las conductas adictivas.

Cuando se combinan la falta de contacto con el sufrimiento propio y ajeno, con la interpretación de este y del dolor como placer, los resultados pueden ser devastadores.

Recientemente se ha publicado en la revista *Neuron* la implicación de una estructura cerebral llamada *la amígdala*, por su forma almendrada, en los comportamientos que producen placer y dolor simultáneamente y su estrecha relación con el sistema de la recompensa. En la población sana estas situaciones se dan cuando vemos una película de miedo o cuando montamos en una montaña rusa. En las personas masoquistas, los estímulos dolorosos y placenteros van íntimamente ligados. En los asesinos sádicos es una activación anómala de esta estructura la que desencadena sensación placentera ante el sufrimiento ajeno.

Tradicionalmente se había implicado a la amígdala en comportamientos relacionados con el miedo. Sin embargo, se ha visto que está intensamente implicada en las conductas que desencadenan simultáneamente miedo, placer y dolor.

Porque en las conductas sexuales, el dolor y la agresividad, a nivel neurobiológico, están íntimamente ligados, más conectados que lo que, desde lo «socialmente correcto», se esperaría. Recientemente se han publicado investigaciones que demuestran que hay unos grupos neuronales implicados tanto en la conducta sexual como en la conducta violenta. Los autores señalan que hay una gran probabilidad de que estos hallazgos realizados en diversas especies animales puedan replicarse en el ser humano.

Entre 1871 y 1872, cuando Jesse Pomeroy tenía entre doce y trece años, varios niños denunciaron que los llevaron bajo engaño a zonas alejadas y allí eran agredidos por un muchacho mayor que ellos.

William Paine, de cuatro años, a quien ató por las manos y colgó del techo en una cabaña olvidada en el bosque, donde le azotó la espalda; de Tracy Hayden, de siete años, a quien ató y torturó golpeándolo hasta acabar con los ojos morados, la nariz y los dientes rotos y el torso repleto de heridas; también, Robert Maier de ocho años, a quien engañó con promesas de llevarlo a un circo, y como le hacía a él su padre, lo desnudó y mientras lo azotaba con una vara lo obligaba a maldecir. Cuando Robert pudo relatar lo sucedido a la policía, explicó que mientras Pomeroy lo golpeaba, se masturbaba.

No debería sorprendernos la estrecha relación entre sexo y violencia, dadas las similitudes entre los dos comportamientos en el mundo animal. Ambos implican un acercamiento inicial, olfateo, y en muchos animales el comportamiento sexual se ve acompañado de agresiones, por ejemplo, morder. Parece que evolutivamente ambas conductas se han ido desarrollando de la mano en las diferentes especies.

En la evolución hay varios argumentos que permiten explicar porque ambas conductas se han desarrollado tan estrechamente unidas. La agresión entre machos se usa para luchar por el acceso a recursos como comida, territorios o hembras,

y la agresión permitiría a los animales competir sexualmente. Esto explicaría por qué los grupos neuronales se encuentran tan próximos cerebralmente, tan interconectados y muestran un solapamiento en su activación. Aunque estos hallazgos se han llevado a cabo en animales, por las limitaciones que presenta la investigación en humanos vivos, las conclusiones extraídas pueden permitir aproximar explicaciones sobre el procesamiento de la información neuronal entre las especies. Después de todo, las partes del cerebro donde se encuentran estas neuronas son algunas de las zonas más «evolutivamente antiguas» del cerebro humano y que guardan más similitud con otros mamíferos e incluso especies inferiores. Aunque no hay certeza de que las neuronas humanas se comporten de la misma manera, todo hace pensar que es así, vista la alarmante frecuencia con la que el sexo y la violencia se superponen entre los humanos.

Se ha visto además que, en animales los dos comportamientos se refuerzan mutuamente. Los animales con experiencias sexuales son más agresivos, lo cual indicaría que esta tensión podría estar relacionada con las conductas sexuales desadaptativas en humanos.

En esta relación íntima entre la agresividad y el placer, los circuitos de la recompensa y los mecanismos que subyacen a la empatía permiten entender esos comportamientos criminales en los que hay un patrón repetitivo en el que el sufrimiento de las víctimas genera placer.

Algunos estudios de neuroimagen reportaron que la actividad cerebral ante imágenes de dolor es diferente entre personas sádicas y no sádicas. Cuando los sádicos son expuestos a imágenes donde se infringe dolor a otro individuo muestran una mayor actividad en zonas cerebrales que procesan el dolor y el miedo, como la amígdala izquierda, contrario al grupo control, quienes no mostraron dicha actividad ante tal estímulo. Además de la implicación de la amígdala, tanto en

conductas sexuales como agresivas, se sabe que su actividad es dependiente de los niveles de noradrenalina central, y el incremento de noradrenalina podría explicar la excitación sexual generalizada. Por lo tanto, en un individuo con un umbral muy alto de excitación sexual necesitaría sentir dolor o infringirlo a otra persona para lograr un incremento suficiente de actividad noradrenérgica y, con ello, la correspondiente excitación sexual, e implicar a toda la región amigdalar, incluida la específicamente relacionada con la conducta agresiva, para lograr la excitación sexual, por el mecanismo ya descrito de refuerzo entre ambas regiones.

Al igual que en el caso de Jesse Pomeroy, los antecedentes de maltrato son también el inicio de la biografía del *Petiso Orejudo*. Cayetano Santos Godino vino al mundo con graves problemas de salud y durante sus primeros años de vida estuvo varias veces al borde de la muerte. Como Jesse Pomeroy fue víctima de fuertes golpes y maltratos realizados por su padre.

La niñez de Cayetano Godino transcurrió en la calle, vagando, entre los barrios de Almagro y Parque Patricios, en Buenos Aires. A partir de los cinco años, inició su etapa educativa varios centros escolares, de los que siempre era expulsado por su falta de interés en los estudios y su comportamiento rebelde. A los siete años cometió sus primeras agresiones a otros niños. Al fin y al cabo, no hacía nada diferente de lo que hacían con él.

En ambos casos podemos encontrar en su victimización las razones que los convirtieron en victimarios.

A *Petiso Orejudo* se le reconoció esta alteración mental, categorizada como imbecilidad, que le hacía totalmente irresponsable de sus actos. Además, se le reconoció su peligrosidad, y por ambas razones se le condenó indefinidamente a permanecer aislado en un manicomio. A Jesse Pomeroy se le consideró deficiente mental. Poniendo en ambos la alteración de su

estructura neurológica como base para explicar su comportamiento criminal.

Con estas alteraciones cerebrales, podemos concluir que cuando iniciaron sus torturas a otros niños ¿sabían lo que hacían? Y cuándo de adolescentes continuaron con sus crímenes, ¿cuál era el alcance del entendimiento de la maldad de sus actos?